



I. UNA BATALLA EN EL ESTE

En el decimocuarto año de reinado del rey Ángon, las regiones orientales de Elea fueron invadidas por los ejércitos del vecino reino de Redia. La noticia no causó excesiva sorpresa en Vanma, la capital de Elea, ya que las guerras entre ambas naciones habían sido frecuentes durante el último siglo. Normalmente las sucesivas victorias o derrotas sólo se traducían en un desplazamiento de la frontera unas cuantas leguas al este o al oeste de la ciudad de Harrán, enclavada en la desembocadura del río Diriát, que separaba geográficamente los dos reinos. Sin embargo, aunque el control de Harrán tuviese sólo una importancia relativa, tácitamente suponía una posición de hegemonía frente al rival, por lo que la cuestión de su soberanía se había convertido con el tiempo en un litigio insoluble y en causa de un enfrentamiento poco menos que hereditario.

En aquel tiempo Harrán se hallaba bajo el pabellón eleo, después de que el propio rey Ángon la conquistase en la última batalla librada once años atrás. Un nuevo caudillo había ascendido al trono en Redia hacía algunos meses, y pronto decidió que el mejor modo de apuntalar su prestigio era recuperar aquel enclave tan significativo para sus súbditos. Así que las tropas redas cruzaron el Diriát al llegar la primavera y pusieron sitio a la ciudad, cuya guarnición aún resistía a la espera de que el grueso del ejército eleo acudiese en su ayuda.

En tanto que las huestes que acudían desde todas las regiones de Elea se concentraban a las afueras de Vanma, en las laderas de las

colinas que se asomaban al Mar Interior, dentro del Palacio Real el monarca hacía sus propios preparativos para la expedición. Ordenó los asuntos de gobierno interior más urgentes, dio las instrucciones necesarias a sus ministros y, finalmente, llamó a su presencia a sus dos hijos, todavía muy jóvenes en su opinión para acompañarle en la lucha. No había nadie más de quien despedirse, ya que su esposa había muerto de una extraña enfermedad dos años antes. Desde entonces el carácter del Rey se había vuelto más triste y distante, y sus hijos eran las únicas personas a las que todavía mostraba afecto.

Mientras paseaban por los extensos y cuidados jardines del Palacio Real de Vanma, el rey Ángon les observó detenidamente antes de hablarles. Sólo se llevaban un año y ya hacía tiempo que habían entrado en la adolescencia, pero aún no se atrevía a llevarlos consigo a la batalla. Ástar, el mayor, pronto iba a cumplir diecinueve años y era muy alto, bien parecido de rostro y de cuerpo, con una indómita cabellera rubia que le caía sobre los hombros y ojos verdes y brillantes que cautivaban a quien los miraba. Areor, un año menor que su hermano, era algo más bajo, de cabello y ojos oscuros, y su mirada, aunque muy penetrante, solía parecer hostil a los demás.

Finalmente el Rey se detuvo para hablarles:

—Hijos, ya sabéis que los redos han atacado el reino. Mañana al amanecer partiré con nuestro ejército para expulsarles de Elea. Por eso quería hablar antes con vosotros... Sólo Nan sabe cuál es el destino de cada hombre, rey o esclavo, y si me sucediera algo, ahora que ya no está vuestra madre, tendríais que aprender a valeros por vosotros mismos, y la suerte del reino dependería de cómo supierais conducirlos.

Fue Ástar, el más impulsivo, quien le interrumpió.

—¡Padre, llevadnos con vos! Ya hemos aprendido de los instructores de lucha lo suficiente como para poder dar un escarmiento a esos perros. ¡No podré aguantar quedarme aquí como una vieja temblorosa mientras vos conquistáis la gloria en el campo de batalla!

Su padre sonrió orgulloso al oírle. Ástar era valiente y decidido, y su voz vibrante y segura. Areor continuaba callado, pero parecía estar de acuerdo con lo que su hermano decía, como era su costumbre. Los dos eran fuertes y ágiles, y el Rey dudó por un segundo si no sería ya tiempo de familiarizarles con el arte de la guerra. Ambos

vestían ahora delicadas túnicas cubiertas con lujosas capas bordadas, pero no resultaba difícil imaginarlos ciñendo la armadura de combate... Sin embargo, el instinto protector pudo más y negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—No, Ástar. Tú eres mi heredero y, si yo muriera, sería imprescindible que estuvieses a salvo por el bien del país. Alguien debe quedar aquí para asegurar la continuidad de nuestra dinastía.

Los ojos de Ástar refulgieron de impaciencia mientras apretaba los puños.

—¡Entonces dejad aquí a mi hermano! Él asegurará esa continuidad en el peor de los casos. Aunque bien sé que ni vos ni yo hemos de caer ante esa chusma del este. ¡Dejad que comparta con vos la victoria, que si no la obtenemos poco me importará estar vivo o muerto!

El Rey meneó de nuevo la cabeza mientras posaba una mano afectuosa sobre el hombro de su primogénito.

—Serás un gran rey cuando te llegue el momento, Ástar, pero por ahora debes aprender a esperar. Tiempo tendrás de librar tus propias batallas. Deja que este viejo león pelee todavía las tuyas. El futuro del reino descansa sobre ti, y eso es algo que ninguno de los dos debemos poner en peligro.

Areor, silencioso hasta ese momento, alzó la cabeza y habló, con un poso de amargura en su voz.

—Entonces llevadme a mí con vos. Nada se perderá si yo muero, puesto que vuestro heredero estará a salvo, y así yo al menos seré de alguna utilidad.

El rey Ángon le miró un poco sorprendido. Rara vez dejaba Areor traslucir sus sentimientos, especialmente si ello suponía contradecir a su hermano mayor, pero esta vez había algo en su actitud que conmovió a su padre. Aunque su preferido era Ástar, también quería mucho a su hijo menor. Carraspeando, alargó la mano para revolver cariñosamente el pelo negro de su cabeza.

—¡Oh!, vamos, hijo, tú también eres muy necesario para el reino, y ninguna pérdida sería para mí más dolorosa que la de uno de vosotros.

Areor pareció relajar un poco la expresión de su rostro. Ástar dio una palmada en el hombro de su hermano y se adelantó de nuevo.

–Por eso debéis llevarnos a los dos con vos. ¡Estando los tres juntos, nadie podrá resistirnos!

Pero esta vez la expresión de la cara del Rey era firme e inflexible.

–No, hijos. Está decidido. Los dos os quedaréis en Vanma y gobernaréis en mi nombre hasta que yo vuelva. No os preocupéis por mí... ¿O es que ya no recordáis cómo puse a los redos en fuga hace once años? Todavía puedo repetirlo sin que me ayudéis como a un viejo achacoso. Además, ¿qué diría vuestra madre si viera que arriesgo la vida de sus hijos sin necesidad?

Ante esa mención los tres guardaron silencio durante unos momentos. Aunque tras dos años la herida estaba casi cerrada, en ocasiones la melancolía por la pérdida de la reina todavía les pesaba como una enorme cadena. El mismo jardín por el que ahora paseaban era casi obra suya. Ella había dispuesto los hermosos prados cubiertos de rosas y violetas, como alfombras de hierba cuajada sobre las que tumbarse a olvidar las cargas de la vida, y los frondosos árboles y plantas exóticas a cuya sombra se recuperaba la paz. Todo allí les hablaba de ella, y el hueco dentro de su pecho parecía volver a crecer ahora. Evitaron mirarse, ensimismado cada uno en sus propios recuerdos.

Fue el Rey quien rompió el incómodo silencio, tomándoles de las manos.

–Bien, no os he traído aquí para esto, sino para daros algunos consejos. Sí, algunos más aparte de los que ya os he dado durante todos estos años... Como hombres y guerreros, creo que no tengo más que deciros. Los dos tenéis carácter, fuerza y sensatez. Vuestra madre se ocupó de que también estudiaseis, para ser cultos y justos. Sin embargo, como futuros gobernantes, aún debo añadir una última recomendación.

Se detuvo un instante para mirarles fijamente a los ojos y después preguntó:

–¿Qué virtud consideráis que es la más importante en un rey?

Ástar contestó de inmediato, con una firme expresión en su hermoso rostro:

–La resolución. Un rey ha de ser sobre todo decidido; y osado, si es necesario. Debe saber tomar decisiones y llevarlas a cabo a pesar

de todos los obstáculos que encuentre. Sólo así será respetado por sus súbditos y temido por sus enemigos. Un rey débil invita a cualquiera más resuelto que él a ocupar su lugar.

El Rey sonrió, asintiendo con el gesto.

–Tienes mucha razón en lo que has dicho, y esa virtud es imprescindible para ser un buen rey. Sin embargo, yo estaba pensando en otra cosa sin la cual la resolución puede resultar estéril. ¿Qué opinas tú, Areor?

Su hijo menor pareció incómodo y, cuando habló, su voz sonó insegura:

–Yo opino como Ástar. Pero, si os referís a otra cualidad, quizá pueda ser la de la astucia, para poder descubrir dónde se hallan los peligros y las oportunidades para su causa... Aunque hay también otras virtudes igualmente necesarias...

Su padre aprobó con la cabeza, aunque era fácil ver que no era esa tampoco la respuesta que esperaba.

–Todo lo que habéis dicho es muy juicioso. No obstante, existe una circunstancia, al margen de todas las cualidades que pueda reunir un rey, cuya falta puede hacerlas inútiles.

Los dos príncipes le miraron intrigados, sin poder imaginar a qué se refería. El rey Ángon rió un poco antes de revelar aquella extraña virtud:

–¡Saber elegir a sus vasallos, hijos míos! El mejor de los caudillos puede fracasar en sus tareas de gobierno o en sus campañas guerreras si no se rodea de los hombres adecuados. Nadie, por muy grande que sea, puede hacerlo todo por sí mismo, y siempre tendrá que delegar importantes funciones en otros. De que sus subordinados sean capaces y leales dependerá el éxito de sus empresas. Por eso es tan importante que aprendáis a conocer a los hombres y a saber elegir a vuestros ministros, generales y aliados, e igualmente que sepáis reconocer rápidamente a quienes no merecen vuestra confianza e incluso pueden ser vuestros enemigos. Si yo he tenido un reinado largo y próspero no ha sido tanto por mis cualidades personales sino porque he sabido escoger los instrumentos adecuados. Ahí tenéis, por ejemplo, a mi propio hermano Zebanos, inteligente y hábil, incluso más que yo, que ha sido siempre mi mejor lugarteniente y que comandará a mi lado la guardia real en la próxima batalla de Harrán. O al sabio y fiel Paudaras, mi canciller,

que quedará aquí para aconsejaros en el gobierno durante mi ausencia. Si aprendéis esto que os digo, puedo estar tranquilo respecto al futuro de Elea. Te lo digo especialmente a ti, Ástar, que algún día me sucederás. En la misma medida en que puedo confiar yo en tu tío Zebanos, así has de confiar tú en tu hermano Areor para que te ayude en el gobierno, porque nadie puede hacerlo todo solo. Recuerda esto siempre.

Ástar sonrió y pasó un brazo sobre los hombros de su hermano.

–Así lo haré, padre. ¡Que Nan nos mantenga siempre unidos!

Areor también sonrió, aunque un poco confuso y sin saber qué decir. Se limitó a asentir con la cabeza, bajando luego la mirada en silencio. Siempre se había sentido el segundo en todo, y ahora, a pesar de las expresiones de afecto, no era diferente.

El Rey pareció complacido cuando volvió a hablar:

–Bien. Eso era lo que quería deciros, y creo que lo habéis comprendido. Ahora debo reunirme con los generales para discutir los planes de campaña antes de partir hacia Harrán. Creo que si las cosas van bien, como espero, podré estar de vuelta antes de un mes. Entretanto, comportaos como príncipes que sois.

Dicho esto, los abrazó y se alejó rápidamente en dirección al Palacio. Sin embargo, todavía se volvió una vez para decirles:

–¡Ah, casi lo olvido! Como vuestro tío Zebanos me acompañará en la expedición y su esposa no se halla ahora en la capital, tendréis que cuidar de su hija, vuestra prima Séyra... Estoy seguro de que no os importará.

Los dos hermanos asintieron gravemente a la demanda de su padre, pero, cuando éste se volvió y no pudo observarles, intercambiaron una sonrisa de complicidad. La princesa Séyra pasaba por ser la muchacha más bella de Elea, y las circunstancias presentes les ofrecían una excelente excusa para poder pasar bastante tiempo a su lado e intentar atraer su interés...

–He oído que a Séyra le gustan mucho las orquídeas –comentó Ástar a su hermano con un guiño.

–Sin duda en este enorme jardín ha de haberlas en abundancia –repuso Areor.

Riendo despreocupadamente, los dos hermanos se adentraron entre los prados verdes, sin volver a pensar en las pesadas reflexiones de que su padre les había hecho partícipes.

Al amanecer del día siguiente, el ejército de Elea estaba listo para abandonar Vanma en dirección al Este. Los regimientos de lanceros e infantes formaron cuadros en la llanura que se extendía ante la puerta principal de la ciudad, cada uno de ellos con su propia enseña indicativa del noble o capitán que se hallaba al mando, llegados desde todas las regiones del país. En las alas de la formación se concentraron los batallones de arqueros y los escuadrones de caballería ligera, muchos de ellos mercenarios de Kumhar, cuyas planicies eran la cuna de los mejores jinetes de las Tierras Interiores. En total, las tropas allí reunidas pasaban de los setenta mil hombres. Todos esperaban, sin embargo, a la compañía que debía situarse al frente del ejército para emprender la marcha.

Finalmente ésta apareció a través de las puertas de la ciudad. Desde encima de las murallas que rodeaban Vanma, la multitud congregada para la ocasión prorrumpió en vítores al paso de la Guardia Real, los soldados de élite de Elea, relucientes en sus uniformes negro y plata, altivos y desafiantes y feroces como ninguno en el combate. La Guardia, que tradicionalmente había sido un cuerpo básicamente ceremonial y de escaso valor militar, como era corriente en otros reinos saceos, había sido totalmente renovada por el rey Ángon, que se había ocupado personalmente de la selección y adiestramiento de sus miembros y la había convertido en la mejor unidad de su ejército.

Y cuando el propio rey Ángon salió por las puertas montado en su corcel blanco, el clamor se hizo ensordecedor. Él saludó con la mano hacia las almenas atestadas de gentes enfervorecidas, maduro pero todavía gallardo, con una sonrisa en su noble rostro enmarcado por una corta barba negra, resplandeciente en su armadura dorada. A su diestra cabalgaba su hermano, el príncipe Zebanos, algo más joven que el Rey pero más corpulento, con la expresión seria y circunspecta que era habitual en él.

Tras cruzar la arcada, la Comitiva del Rey se dirigió a la vanguardia de las tropas para encabezar la marcha hacia la sitiada Harrán. Seguirían la línea de la costa del Mar Interior hasta llegar a la desembocadura del río Diríát, donde previsiblemente les esperaba el ejército redo para librar la batalla decisiva para la suerte de la ciudad.

Desde una de las torres que flanqueaban la entrada a Vanma, la partida del Rey era contemplada por sus hijos, los príncipes Ástar y

Areor, acompañados por el anciano Paudaras, Canciller del Reino, y por la princesa Séyra, sobrina del Rey. Era una muchacha muy hermosa, de larga melena rubia cuyos rizos caían sobre un bello rostro ovalado en el que refulgían sus rasgados ojos azules sobre una graciosa naricilla y unos carnosos labios encarnados. El lujoso vestido que envolvía sus formas perfectas dejaba al descubierto un largo y delicado cuello sobre sus suaves hombros desnudos y el escote abierto en el corsé que ceñía su cuerpo permitía adivinar otros encantos ante los que ningún hombre podía permanecer indiferente. No al menos los dos jóvenes príncipes, que se desvivían por entretenerla comentándole numerosas anécdotas acerca de las distintas unidades que componían el ejército que desfilaba bajo ellos, lo cual parecía, no obstante, suscitar un interés muy relativo en la muchacha a juzgar por sus distraídas contestaciones y displicentes gestos. Evidentemente Séyra se sabía muy atractiva y estaba acostumbrada a recibir todo tipo de atenciones y halagos por parte de los caballeros más ilustres del reino, lo que la llevaba a mostrarse habitualmente más bien altiva y distante. Y si en esta ocasión lo era un poco menos, sin duda se debía a que quienes ahora así la lisonjeaban eran, después de todo, los príncipes de Elea, a los que por otra parte conocía desde que los tres eran niños.

Especialmente se mostraba más interesada cuando quien le hablaba era el apuesto y extrovertido Ástar, quien no parecía reparar en la aparente frialdad de la joven. Sus ingeniosos comentarios y bromas no tardaron en arrancar las primeras sonrisas y miradas apreciativas de la Princesa. Su hermano Areor, menos alegre y ocurrente, a la vista de la escasa atención que le prestaba Séyra, y aunque en sus miradas podía leerse fácilmente que su interés en la muchacha no era menor que el de su hermano, fue interviniendo cada vez menos en la conversación, hasta que ésta quedó prácticamente monopolizada por Ástar.

—Sabéis, dicen que en las montañas del norte de Astorea, cerca del Paso de Kar-Shorát, vive una raza de pájaros única en el mundo, cuyo canto es el más maravilloso que puede oírse en la Tierra. Pero yo no creo que el prodigio de escucharlo pueda resultar más meritorio que el de oír vuestra voz, prima, a juzgar por la economía que mostráis en dignaros a contestar a nuestras banales pero solícitas palabras para con vos.

La Princesa, picada en su amor propio, repuso desdeñosamente:
–¡Oh!, es que vos en cambio habláis demasiado para lo que sois capaz de demostrar. Ni siquiera creo que pudieseis traerme una de esas aves cuyo trino tanto celebráis...

–¡Ajá! Bien, puedo demostraros lo contrario. Pero no me exigiréis que emprenda un viaje tan largo y azaroso sin un premio que lo haga merecer...

–¿Un premio? ¿Pues qué pediríais?

–Por un beso de vuestros adorables labios estaría dispuesto a traer todos los pájaros que revolotean desde aquí hasta la última costa del Océano Oriental.

Al oír estas palabras, el viejo y experimentado Paudaras, que hasta entonces había asistido silencioso e indiferente a aquella charla juvenil, suspiró y meneó la canosa cabeza con gesto de resignada desaprobación. ¡Por el omnisciente Luál, cuán sacrificada era la tarea de velar por los jóvenes, fuesen estos príncipes o granjeros!

La Princesa, por su parte, tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la satisfacción que le había producido aquella apasionada oferta.

–¡Un beso, nada menos! Por ese premio habría de ser mayor el esfuerzo. Quizá os lo diera si fueseis capaz de traérmelo antes del anochecer...

Ástar, con una sonrisa, se inclinó ante ella.

–Vuestros deseos son órdenes para mí. Saldré ahora mismo y reventaré cuantos caballos sean necesarios para alcanzar esa suprema recompensa.

–Pues ya podéis apresuraros a ordenar que enjaecen uno bien pronto. Mientras habláis, avanza el día.

–Tenéis razón. Para no perder tiempo, montaré uno de esos que se ven ahí –repuso el Príncipe señalando a un corcel sin jinete situado en el campo junto a la muralla, justo debajo de la torre en que se encontraban.

Y tras decir esto, el Príncipe, con gesto decidido, se subió al borde del parapeto y miró hacia abajo, calculando, ante la repentina alarma de sus acompañantes. La propia Séyra perdió su habitual compostura ante la evidente intención de su primo.

–¿Es que pensáis saltar? ¡Os mataréis, debe haber por lo menos cuarenta pies de altura!

Balanceándose sobre el vacío, Ástar se encogió de hombros:

–El premio que me habéis prometido merece que corra el riesgo. No puedo renunciar a él, así que lo obtendré o moriré en el intento.

Y dicho esto, se encogió tomando impulso para el salto.

–¡Esperad, esperad, no lo hagáis! ¡Os daré ese beso si bajáis ahora mismo de ahí! –gritó la muchacha al verlo, precipitándose hacia él con peligro de hacerle perder el equilibrio.

Al oírlo, el Príncipe se volvió y saltó tranquilamente al interior, al lado de la Princesa.

–¡Oh!, muy bien, como preferáis. Ahora cumplid vuestra promesa –dijo sonriéndola.

Ella cambió su expresión de miedo por otra de enfado contenido.

–Sois un granuja. No es propio de un caballero recurrir a estas triquiñuelas.

–Por vos soy capaz de cualquier cosa, sean hazañas o villanías. Y ahora, habéis dado vuestra palabra...

Con un mohín de disgusto, Séyra se volvió hacia él y le besó en la mejilla, dándole la espalda inmediatamente después.

Ástar pareció desilusionado.

–Después de exponer mi vida, esperaba otra clase de beso.

La Princesa se volvió con una expresión altiva en su rostro.

–Agradeced que aún os haya besado, en la forma que sea, en lugar de abofetearos como merecía vuestra audacia.

Dicho lo cual, Séyra se dirigió hacia las escaleras que descendían desde la torre hacia el suelo. Sin embargo, a pesar de sus palabras, no se había apreciado un verdadero enfado en su tono de voz, sino más bien un íntimo regocijo.

Ástar sonrió mientras Areor se le aproximaba para preguntarle en voz baja:

–¿De verdad hubieras saltado?

Su hermano mayor le guiñó el ojo pícaramente.

–Vamos, yo sabía perfectamente que ella no me dejaría...

Y, tras darle un codazo cómplice, Ástar siguió el mismo camino que la Princesa. El canciller Paudaras se apresuró tras él mientras refunfuñaba:

–Príncipe, debo recordaros cuáles son vuestros deberes como heredero del trono, y qué despropósitos no podéis permitirlos en tal

condición. Habréis de mostraros más prudente y juicioso si no queréis que vuestro padre sepa de semejante calabazada...

Areor se quedó atrás, observando a su hermano reírse mientras se alejaba, sin poder reprimir un sentimiento mezclado de admiración y envidia. ¿Por qué no era él capaz de comportarse así, con decisión y confianza en sí mismo, en vez de estar siempre dándole vueltas a las cosas sin hacer nada al fin? Por más que lo meditase, sabía que al lado de Ástar él nunca sería otra cosa que el eterno postergado...

Entretanto, más allá de los altos muros de Vanma, el ejército eleo ya había emprendido la marcha y se alejaba por el horizonte hacia el Este, hacia el campo de batalla.

El sitio de Harrán duraba ya tres semanas y la guarnición se hallaba al límite de su capacidad de resistencia. Las provisiones escaseaban y las bajas eran cada vez más numerosas. Habían rechazado ya cuatro asaltos de las huestes redas, pero el conde Ulian, gobernador de la Ciudad y comandante de las tropas que la guardaban, sabía que no podrían resistir el siguiente ataque sin ayuda del exterior. Por eso, cuando los centinelas de las atalayas de observación anunciaron a gritos la aparición de un gran ejército que se aproximaba por el oeste, el Conde no pudo contener ante sus oficiales un suspiro de alivio seguido de una rápida plegaria de agradecimiento a Boród, el espíritu de la guerra.

Los sitiadores también parecieron tomar conciencia inmediata del cambio de la situación. Abandonaron rápidamente sus posiciones de cerco alrededor de la ciudad y se dispusieron en formación de combate en campo abierto para hacer frente al nuevo enemigo. El rey Brénal era un hombre enérgico y calculador, que sin duda ya había previsto la inevitabilidad de este choque si quería apoderarse del estratégico enclave.

Así pues, a las pocas horas los ejércitos eleo y redo se desplegaron el uno frente al otro sobre la llanura que daba a la margen occidental del río Diriát, escenario a lo largo de las generaciones de muchos enfrentamientos entre aquellos eternos enemigos. El sol de la mañana arrancaba fieros destellos de las puntas de las lanzas y los yelmos de miles de guerreros de ceño fruncido y dientes apretados. Sabían que muchos de ellos estarían muertos dentro de unas pocas horas, pero si algunos sentían miedo lo disimulaban... ¿Acaso no habían pasado por

lo mismo sus padres y sus abuelos antes que ellos? Las guerras eran frecuentes entre los reinos saceos cuyas costas bañaba el Mar Interior, y todos sus habitantes las veían como algo normal que formaba parte del orden natural de las cosas. Lucharían como siempre lo habían hecho sus ancestros desde tiempos inmemoriales, sin preguntarse las razones que los convertían en enemigos. Boród las sabría, y él repartiría suertes: la gloria o la muerte, la recompensa o el olvido.

Los pensamientos del rey Ángon no diferían demasiado de los de sus soldados mientras disponía sus fuerzas sobre el campo de batalla, si bien él no podía permitirse confiar la suerte de la batalla al capricho del Espíritu de la Guerra sin intentar apurar al máximo sus opciones como estratega. El tamaño y la composición de su ejército no eran muy distintos de los de su rival; quizá el redo era algo más numeroso, pero el rey eleo confiaba en la superioridad de su Guardia Real y la caballería kumharia para desequilibrar el combate a su favor.

Tiró de las riendas de su montura para volverse hacia su hermano y lugarteniente el príncipe Zebanos, que se hallaba próximo a él, como siempre.

—Zebanos, ordena a las alas que se adelanten y procuren envolver los flancos del enemigo. Intentaremos abrir una brecha en su centro con la Guardia. Si tenemos éxito, se desorganizarán y podremos acorralarlos contra los muros de la ciudad.

El Príncipe asintió y transmitió las instrucciones oportunas a sus capitanes, tras lo cual volvió a la diestra del Rey.

—Todo está dispuesto como has ordenado, mi señor. Podemos iniciar el avance.

El rey Ángon sonrió y desenvainó su espada mientras gritaba:

—¡Hombres de Elea! ¡Demostremos a esos perros quién es el dueño de esta tierra y cuál el precio que se paga por invadirla! ¡¡Adelante!!

Y con un gran rugido el ejército eleo se abalanzó hacia adelante sobre el enemigo, haciendo retemblar el suelo bajo su paso. El príncipe Zebanos también sonrió complacido al oír las palabras del Rey. Sí, hoy sería un gran día, un glorioso y memorable día...

Desde las torres de Harrán, también el conde Ulian contemplaba ansioso cómo las dos grandes formaciones se dirigían una contra otra para decidir el destino de la ciudad bajo su mando. Él confiaba

en la victoria elea, sabía de las cualidades de liderazgo del rey Ángon y de la bravura de sus guerreros. Y, sin embargo, no podía evitar una opresión de angustia en su pecho, pues ¿quién puede estar seguro de lo que los hados tienen reservado a los mortales? Casi deseó estar allá abajo, en lugar de tener que permanecer impotente mirando desde la muralla cómo las dos fuerzas chocaban ahora en un terrible fragor de armas resonando sobre los escudos y hombres gritando mientras caían y mezclaban su sangre...

Habían transcurrido unos veinte días desde que el ejército abandonó Vanma y todos en la ciudad aguardaban expectantes la llegada de noticias sobre la batalla de Harrán, aunque muy pocos dudaban de la victoria elea. El canciller Paudaras se ocupaba de los asuntos más urgentes en espera del retorno del monarca, mientras sus hijos disimulaban su impaciencia organizando cacerías o buscando ocasiones para cortejar a la princesa Séyra.

Precisamente aquella mañana el príncipe Ástar había invitado a su prima a una excursión a caballo hasta un pequeño lago rodeado de bosques y situado cerca de la capital. De algún modo la idea no había llegado a oídos del príncipe Areor a tiempo de unirse a ellos en la expedición, por lo que se había dedicado a dar nerviosos paseos alrededor de la muralla de la ciudad para subir finalmente a una de las torres más altas y escrutar desde allí el horizonte en la dirección que probablemente habrían tomado su hermano y su hermosa prima.

Su mal humor era evidente, por lo que el centinela que se hallaba de guardia en la torre en aquel momento se había abstenido de preguntarle nada, sabedor del carácter huraño y solitario del menor de los príncipes, algo que era de conocimiento general en la ciudad, en contraste con el temperamento alegre y sociable de su hermano, que solía confraternizar con cualquiera que se cruzase en su camino, fuese noble o plebeyo, general o soldado, por lo que era muy querido por todos sus súbditos, que sin embargo sentían escaso apego por el otro hijo del Rey.

Todo esto lo sabía también el propio Areor, y pensar en ello sólo servía para acentuar su resentimiento contra su hermano, su prima y el mundo entero... ¿Por qué le habían tocado en suerte a Ástar, primogénito heredero de la Corona y preferido de Séyra, todas las virtudes y

bendiciones, mientras que él estaba condenado a ser siempre el eterno segundón, sin poder nunca sobresalir en nada por delante de su hermano? Su madre había sido la única persona que le había querido tanto como a Ástar. Sí, quizá incluso más, al verle como el más débil y vulnerable de sus hijos. Únicamente a su lado se había sentido alguna vez feliz. Pero ella estaba muerta, y él ahora se sentía completamente solo... Mientras contemplaba con amargura desde lo alto de los muros las extensas llanuras que se extendían más allá de Vanma, deseó de repente encontrarse muy lejos de allí, en algún extraño país en que nadie le conociese, donde se viese libre de la sombra de su hermano y pudiese volver a iniciar una vida propia de la que sentirse protagonista... Luego apretó los puños y agitó la cabeza, angustiado, para desprenderse de aquellos pensamientos. Nunca se sentiría capaz de tomar una decisión semejante. Todo era en vano, sólo le quedaba resignarse a asumir su oscura condición... ¡Si al menos hubiese podido acompañar a su padre a la batalla y descargar su rencor contra un enemigo que podía reconocer como tal sin remordimiento!

Y mientras permanecía sumido en aquellas amargas reflexiones, distinguió a lo lejos la polvareda que levantaba un jinete que se aproximaba a todo galope a Vanma por el camino del este. Un repentino presentimiento le hizo bajar apresuradamente del parapeto y dirigirse a la carrera hacia la puerta por la que había de entrar en la ciudad aquel que sin duda debía ser un mensajero.

Llegó allí en el preciso instante en que el jinete cruzaba a la carrera la entrada de la ciudad y refrenaba a su montura, casi reventada por el esfuerzo, ayudado por dos soldados. El hombre, vestido de cuero y con aspecto de haber viajado sin descanso durante varios días, tenía todo el aspecto de ser un correo real, impresión que se vio confirmada cuando finalmente habló con voz entrecortada por el agotamiento.

—Traigo un mensaje urgente para el Canciller...

Areor se adelantó con la ansiedad reflejada en su rostro.

—Un mensaje dirigido al Canciller del Reino puede ser oído por el hijo del Rey que lo gobierna. ¡Habla, soldado! ¿Traes noticias del campo de batalla de Harrán? ¿Es mi padre quien envía ese mensaje, con la nueva de su victoria?

El mensajero pareció confuso al reconocer al Príncipe, y tardó en responder, como si le costase encontrar las palabras adecuadas.

Cuando por fin lo hizo, habló con voz insegura y con la mirada fija en el suelo.

–El... el mensaje es del príncipe Zebanos. El Rey... ha muerto. Areor abrió mucho los ojos, con la expresión desencajada.

–¿Qué dices? ¡No puede ser! ¿Cómo... cómo ...?

El correo consiguió reunir suficiente ánimo para mirar a la cara del hijo del hombre cuya muerte estaba anunciando y prosiguió con voz más clara:

–El Rey cayó al comienzo del ataque contra el ejército rojo. Se adelantó tanto en su valeroso ímpetu que sus guardias no pudieron protegerle y fue alcanzado por una lanza enemiga. Sólo pudimos recobrar su cuerpo.

El Príncipe, anonadado ante aquellas palabras, se quedó mudo, sin parecer entender. El oficial al mando de los centinelas de las puertas de la ciudad, que acababa de llegar a tiempo de oír la noticia, continuó interrogando al mensajero.

–Entonces, ¿fue derrotado nuestro ejército? ¿Se ha perdido Harrán? ¿Cuántas bajas hemos tenido? ¡Habla, por Boród y Terén!

–Fuimos derrotados, aunque las bajas no fueron muchas. Cuando se supo que el Rey había caído, cundió el pánico entre las filas y por un momento pareció que los redos iban a aniquilarnos. Pero el príncipe Zebanos asumió el mando y consiguió reorganizar a las tropas, disponiendo una retirada ordenada que permitió que las pérdidas fuesen escasas. Luego solicitó un parlamento con el rey Brénal de Redia para pactar un armisticio. Se acordó ceder el dominio de Harrán a cambio de que los redos permitiesen salir de la ciudad a la guarnición y a los habitantes que lo desearan, así como que nuestro ejército pudiera retirarse en paz. Dadas las circunstancias, con lo desmoralizados que estaban los soldados por la noticia de la muerte del Rey, era lo mejor que podía hacerse...

Después de aquellas palabras, todos guardaron silencio. El príncipe Areor andaba nerviosamente de un lado para otro, sin ver a los hombres que le observaban a su alrededor, retorciéndose las manos sin saber qué hacer. Entonces dos nuevos jinetes franquearon las puertas y descendieron de sus caballos entre alegres risas. Eran Ástar y Séyra, que volvían de su excursión, la cual había sido muy placentera a juzgar por la expresión de ambos.

Ástar sonrió al ver a su hermano, que les miraba fijamente. La Princesa pareció no reparar en él, ocupada en recoger algunos objetos de las alforjas de su montura.

–Hola, Areor. Lamento no haberte avisado de que Séyra y yo íbamos al Lago de los Sueños, pero la idea surgió de forma imprevista, y no pude encontrarte a tiempo...

Areor lanzó a Ástar una dura mirada antes de hablar con voz fría y llena de resentimiento:

–Eso no tiene importancia ahora. Mientras vosotros os divertíais tanto, han llegado noticias de Harrán. Nuestro padre ha muerto. Pero no creo que eso deba preocuparte: pronto serás rey y podrás divertirti aún más.

Y, sin esperar respuesta de su atónito hermano, Areor les dio la espalda y se alejó rápidamente por una calleja. Ástar miró sobrecogido a los soldados que les rodeaban en silencio y supo sin preguntarles que la noticia era cierta. Luego miró desolado a su prima, que acudió a su lado para abrazarle en silencio. Cuando por fin consiguió recobrase, se dirigió en primer lugar al correo que aún permanecía allí, esperando órdenes.

–Ve a informar al canciller Paudaras. Luego, aguardadme los dos en el Salón de Audiencias, estaré allí dentro de poco. Capitán, vos encargaos de que se inicien los preparativos para el funeral... Espera, mensajero: ¿para cuándo está prevista la llegada del príncipe Zebanos con el ejército y el cuerpo de mi padre?

–Antes de cinco días, mi señor.

–Entonces hay tiempo suficiente para disponer un cortejo fúnebre adecuado para lo que él se merecía. Espero que se hayan preocupado de conservar su cuerpo adecuadamente...

–Desde luego, mi señor –respondió el correo.

–Bien, entonces no hay más que hacer por el momento. Dentro de media hora me encontraré contigo y el Canciller en el Salón. Discúlpame, Séyra, te veré más tarde. Ahora... Ahora debo hablar con mi hermano.

Tras pronunciar esas palabras, el príncipe Ástar siguió la dirección que había tomado Areor. Todos observaron su gesto apesadumbrado pero firme, y todos pensaron igualmente que sin duda sería un digno sucesor del gran rey que había sido su padre.